



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 29 de Setiembre de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 39

ANUNCIOS.

RASGOS

de sublime abnegacion. Se darán á precios arreglados los de medio uso. Con uno de estos rasgos se pagan con bombo y platillos las deudas chicas y se ponen dificultades para pagar las grandes de carácter nacional.

Tambien se admiten abonos y artículos encomiásticos.
(¡Por un año!)

LA CRIATURA.

Lo muy acreditada que se encuentra en la Habana esta sociedad, hace que nadie pueda decir una palabra contra ella, aunque viva escamado.

Se admiten elogios gratis en todos los periódicos diarios de la capital de las Antillas.

INSTRUCCIONES

para la aplicacion del petróleo.

D. E. About, emigrado comunista, testigo presencial y autor de los incendios de París, cree prestar un gran servicio á la humanidad, exponiendo con la posible claridad las reglas que deben tenerse presentes por todos los aficionados al petróleo, para incendiar en ménos de un cuarto de hora una poblacion de 300,000 almas y las chinches correspondientes. Se vende en las principales librerías.

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS.

Nuevo establecimiento, fundado para cuando cambie la actual dinastía.

¡Ojo, empleados nuevos!

Se hallarán levitas á precios muy arreglados, desde dos pesos á cuatro onzas.

Utilísimo para los que, no habiéndolas usado en su vida, tienen que presentarse á tomar posesion de su destino.

Al barrendero más záfio se le disfraza de caballero en un abrir y cerrar de ojos.

Llevamos ya vendidos muchos trajes, y parecen personas ilustradas nuestros numerosos parroquianos.

HELADORAS.

El mejor sistema conocido es el que se emplea en todos los ministerios. Se envía á cualquiera envuelta en un sobre una cesantía, y el interesado, aunque viva en Cuba, se queda más fresco que un sorbete. Se garantiza el resultado.

UN PROFESOR DE LENGUAS VIVAS,

que actualmente está desocupado, desearía colocarse en casa de un fondista para hacer estudios prácticos de lenguas muertas.

GRAN PESCADERIA.

Sabemos que en este establecimiento, procedente del *mare magnum* anterior, raro es el día en que se no coje algun pez de dentro ó marisco de fuera.

Parece que el *Hombre-Roca*, que hoy se halla al frente de la Adminisiracion, tiene tendido el aparejo á un soberbio atun para escabecharlo.

Los demás peces han empezado á escamarse, y el país, que no es rana, confía que llegará pronto el día en que la Isla se vea limpia de tanta langosta.

UNA SEÑORITA

que no tiene un cuarto, pero que sabe de todo un poco, probará á cualquier ciudadano que se presente, la facilidad con que se casaría si encontrara novio.

Ha recibido una educacion brillantísima. Es hija de un fosforero.

A TODOS LOS ENFERMOS DEL GLOBO. ACEITE DE PEPINOS TROPICALES.

Este medicamento, compuesto principalmente del fruto que el título indica, está llamado á obtener una aceptacion universal por sus maravillosos efectos.

Seguros estamos de que tan luego como las familias se enteren de sus admirables propiedades, nos arrebatarán de las manos este específico sin rival para todo género de padecimientos.

Es infalible para hacer caer el pelo, deslustrarlo y enredarlo en el acto; hace salir canas, ensucia el cráneo llenándole de caspa; produce toda clase de erupciones, desde el sarampion hasta la lepra ó elefantiasis; poniéndose unas gotitas en los oídos, se queda uno más sordo que una tápia; aplicado á los dolores de cabeza, es cosa de volverse loco; convierte los pujos en diarrea, y la diarrea en disentería; aumenta las toses y las ronqueras hasta hacer que lleguen á tísis de tercer grado; y, por último, agrava y exacerba toda clase de enfermedades como ninguno de los medicamentos que tan pomposamente se anuncian todos los días en los periódicos.

Tenemos corresponsales en todas las casas de socorro y en todos los cementerios del mundo.

Para que se pueda juzgar de los imponderables resultados de este específico, véanse los documentos que á continuacion copiamos:

Guaracabulla 15 de Setiembre.

“Muy señor mio y de toda mi atencion: Permita usted este desahogo á un alma agradecida. Mi suegra venía padeciendo desde hace muchos años de una tos pertinaz, que ni á ella la dejaba dormir ninguna noche, ni á nosotros (mi mujer, mis chicos y yo) tampoco. Buscábamos, yo, sobre todo, un medicamento que le cortara la tos de raíz, pero en vano, hasta que por consejo de un amigo compré un frasco de su extraordinario *Aceite de pepinos tropicales*, y propinándole á la enferma una sola cucharadita al acostarse, logramos que no haya vuelto á levantarse ni á decir esta boca es mía: hoy descansa en paz en el cementerio de este pueblo, y nosotros podemos dormir con una tranquilidad desconocida hasta ahora en esta su casa.—Reciba usted la expresion de mi profunda gratitud, etc. (Firmado).—X. Z.”

Poseemos además infinitas certificaciones de defuncion de cuantas personas han hecho uso de nuestro específico.

Se vende en el callejon del Perro, número 142, por su inventor H. de Alquitrán y Negro, á 3 pesos frasco de onza.

Exigir el nombre en el vidrio: H. de Alquitrán y Negro, inventor.

MANUAL DEL INSURRECTO CARLISTA, EMPASTADO EN VERDE.

A 4 reales en todas las sacristías.

GRILLOS.

Se venden cuatro que, á favor del silencio y de la posicion, ensordecen los oídos y se bambolean por el Parque, Louvre, Tacon y demás sitios públicos.

Vapores-Correos

DESDE PUERTO-POBRE AL DE ARREBATA-CAPAS.

Esta línea curva de vapores, aunque establecida hace tiempo, ha venido á descubrirse ahora que, de cuatro años á esta parte, es una mina que ha dado más de dos millones de pesos, lo que ha sugerido á otros armadores la idea de meterse en el negocio, estableciendo nuevas líneas que satisfagan más al público.

BOZALES!

de superior calidad y garantizados. Están contruidos segun las reglas del patriotismo y son propios para los diputados *reformistas* de Puerto-Rico.

Si no diesen buen resultado, se indemnizará con una paliza al que los use.

¡¡CISCO!!!

Se ha armado uno estos días, cuya solucion dejará satisfechos á los consumidores ántes de finalizarse el año.

CARETAS

para laborantes redomados y corresponsales de los periódicos de Nueva-York.

El almacenista se encarga de ponerlas en la cara de los parroquianos, clavándolas con puntas de París.

¡¡GANGA!!

En el café y banco de emision *El Louvre*, se vende á precio exorbitante leche fría y chocolate de dudosa calidad. Los consumidores gozarán de la delicia de recibir la vuelta de su dinero en flamantes tarjetitas, primorosamente impresas, de circulacion forzosa y exclusiva en el mismo establecimiento. Esta medida se ha tomado, á costa de inmensos sacrificios, á fin de proporcionar ventajas y comodidad á los vecinos de Guanabacoa, Carmelo, Pinar del Rio y otros puntos cercanos al consabido y renombrado café.

A CAMBIO DE MALDICIONES.

Se dan unas cuantas docenas de *rumores falsos*, de última invencion.

Darán razon los periodistas y gentes desocupadas que no la tienen nunca.

SE DESEA

comprar liga ú otra materia pegajosa para cazar la opinion de los periódicos habaneros, que se andan por las ramas al tratar de la deuda cubana.

¡¡OJO!!

Se escriben sermones editoriales, se limpian chimeneas, se confeccionan correspondencias al estilo de la época y se hace todo cuanto al arte se refiere.

Impondrán en cierta casa que, aunque en alza, se está cayendo á pedazos.

Juan Palomo.

SUMARIO:

TEXTO.—Anuncios.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mi cuarto á espadas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Mari-Castaña, por Mariano Ramiro.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Cuentos de manigua: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—La trocha (poesía), por Juan de Austria.—Tipos y topes, por Juan Cualquiera.—Sartenazos.—Geroglífico.

CARICATURAS.—Por Don Tunitero.

MENESTRA SEMANAL.



—¿Iga usted, que hay grandísimas noticias.

—¿Qué pasa?

—¿No lo sabe usted? ¡Pues no es nada lo del ojo! que ya llegó el ansiado momento.

—¿Qué momento, hombre?

—El de mandar nosotros; los buenos, ¿comprende usted? el momento de que se vaya al traste esa gentecilla baladí, que no piensa más que en moralizar la administración, en introducir economías y en respetar los derechos del hombre, sin cuidarse de nada más ¿comprende usted?

—Nó, señor, no es mucho lo que comprendo; explíquese usted más claro.

—Hombre, que ya tenemos la sartén por el mango las personas honradas; las que no toleramos otra Constitución que la constitución.... física, y esa con permiso del ordinario.

—¿Y dónde suceden todas esas cosas?

—En la Península, hombre de Dios! ¿está usted en Bábía? Ya cayó Ruiz Zorrilla y cayó todo lo existente, como ahora se dice, con todos sus menesteres.

—¿Zambomba! ¿y eso es positivo?

—Positivísimo! El Jefe del Estado, como ahora también se dice, ha partido de Madrid sin más equipaje que una cotorra, la pantufla del pie izquierdo, seis pares de calcetines y una corbata blanca: lo único que le hemos permitido llevar.

—¿También usted se ha metido en esas cosas?

—Por supuesto! Yo he tenido el encargo de estar diciendo á todas horas, que para gobernar es preciso pronunciar bien cierta palabrita enérgica, cierta interjección puramente española, muy propia de la gente del bronce, comprende usted?

—Voy comprendiendo: ¿pero ha ocurrido todo eso?

—Muy sencillamente: el general X.... se ha levantado, el general H.... no se llegó á acostar, el brigadier R.... cuenta con tres castillos y una garita, el famosísimo conservador N.... se ha echado al campo.

—¿Quedó suelto en el potrero?

—Prim está en la Coruña con cincuenta mil hombres.

—¿Cas.... carilla! ese chico tan joven....?

—Nó; ¡i n o es el hijo, es el padre.

—¿Recóncholes! usted está loco, ó ha perdido la cuenta de los tragos?

—Aquello de la muerte fué un ardid para después pasarse al partido de la restauración: ¿no vé usted como no han sido descubiertos los asesinos? ¿Cómo se habían de descubrir, si eran asesinos contrahechos, ¿comprende usted? asesinos de imitación!

—¿Carambolilla! Deje usted que me desabroche el chaleco, por si reviento de admiración.

—Sí, señor; Prim se ha estado fingiendo muerto y enterrado todo ese tiempo.

—Pero, cómo ha quedado constituido el país?

—En Cuenca se ha proclamado la república, en Valladolid impera la restauración, en Sevilla han elegido por rey al organista de la catedral, la provincia de Badajoz se ha anexionado á la Prusia, Pinto quiere un gobierno democrático bajo la dirección del ama del cura.

.....
Lector carísimo, te has enterado del anterior diálogo? pues sabe que es copia exacta de todos los diálogos que ha habido en la Habana durante cuatro ó cinco días.

Y ha habido casos de que se creyesen noticias de tanto bulto.

¡Oh! no está el mundo tan pervertido como dicen! aún quedan almas candorosas! Las ideas modernas no han conseguido matar la candidez! Loado sea Dios, que no ha permitido la extinción de las personas sencillas, á pesar de los derechos individuales y de los discursos de Castelar!

—¡Oh, corazones generosos! Para cuándo, Señor, para cuándo se espera conceder la cruz de calamidades!

Pero un periódico que de vez en cuando tiene la bondad de interesarse por nosotros los simples mortales, ha salido á desmentir los absurdos rumores que circulaban.

Es verdad que lo hizo cuando ya todo el mundo estaba convencido de la falsedad, y también es positivo que hubiera venido más á pelo salir con esa declaración en lo más fuerte del chubasco *engañador*, pero es mucha crueldad exigir al hombre que prive á su propio corazón de un regodeo de los que entran pocos en libra.

Hay ilusiones que embriagan y que quisiera uno ponerles grillos para que no se escapasen.

Vé uno acercarse del desengaño, pero para impedirle la entrada se pone un centinela con fusil Remington, y mientras dura, vida y dulzura.

Digo, esta es mi opinión, salva sea la parte.

Y luego nos quejamos de los corresponsales que en la Habana tienen los periódicos de Nueva York....

A ellos les pagan por mentir, y el estómago es un tirano que seca las fuentes del sentimiento (¡bonita frase!) y que hace del yankee un Manolito Gazquez corregido y aumentado. Porque, desengáñense ustedes, hay también jitanos andaluces que hablan en inglés.

El corresponsal del *Times* dice, sin escrúpulo, que "los españoles trabajan en contra de sus intereses en tantas y tan distintas vías, que no merece la pena de hablar sobre su estupidez...."

Apéese usted, interesante jóven.

El corresponsal del *Herald* sale á la defensa de los vagos que van á la trocha.

Según la opinión de este apreciable individuo, la gente inútil y perjudicial debería cogernos á los que trabajamos y llevarnos codo con codo á la trocha.

—Pertenezca yo alguna vez á los vencedores! habrá dicho para su colete el amigo del *Herald*.

Y ya que de embusteros hablamos, conviene hacer mención honorífica del corresponsal que tiene *La Revolución* en Santiago de Cuba.

Empieza este esforzado adalid su última carta, diciendo que "el Gobierno español no puede destruir ni los insurrectos que se sitúan en sus propias narices."

Por cosa muy puerca tenía yo á los insurrectos; pero que lo fuesen tanto que su puesto sean las narices....!

Cuando el corresponsal lo dice, estudiado lo tendrá, y creámosle por la única vez en la vida.

Corolario: para combatir á los rebeldes ya no se necesitan fusiles: con pañuelos es suficiente.

Sonémonos, y adelante.

JUAN PALOMO.

MI CUARTO A ESPADAS.

Lo de la deuda pública se ha hecho de uso común y diario; no se habla de otra cosa.

No era bastante que malas lenguas vociferaran por ahí nuestras tradicionales trampas, sino que era preciso que todos nos encargáramos de pregonar á son de trompeta que debemos hasta el modo de andar.

Todo ciudadano se cree venido al mundo con la misión de enderezar la Hacienda y dar consejos al Gobierno, decidido á no tomarles, y tiene razón.

Si en vez de consejos fueran pesos duros, ¡no digo yo si los tomaría! ¡Pues poquito aprovechado que es el Gobierno! Pero consejos trasnochados é insípidas teorías, no hay de qué.

Dicen que de la discusión brota la luz, pero por lo que veo, de la discusión financiera, en que cada quisque mete su cuarto á espadas, sin más autorización que la que le otorga su propia suficiencia, no ha de salir un ochavo, ó yo no entiendo una jota del asunto, lo que bien pudiera suceder, y no lo digo por alabarne.

Prójimos con zco yo que, por deber, deben un duro á cada una de las once mil vírgenes, y tres á

la abadesa; que viven protegidos por la insolencia mejor confeccionada por mano de curiales, y andan por esas calles devanándose los sesos, buscando el medio de pagar las deudas de la nación, con la solicitud propia del hombre de bien, acostumbrado á pagar las suyas.

Esto podrá ser muy patriótico, pero lo encuentro de una inconveniencia subida de punto. No veo yo la necesidad que haya de dar un cuarto al pregonero porque debamos en conjunto algunos miserables millonajes que hemos gastado en meter en cintura á los asendereados partidarios de *Cuba libre*.

Lo grande es que cada uno de los que se dan á explicar ciencia, economía al menudeo, es muy listo y abonado para sacar al Tesoro de apuro, á poco que el ministro del ramo pare mientes en sus bien cimentados planes. Si España tiene algunos apurillos, es porque le dá la gana. Que nos oiga, y verá como le sobra dinero hasta para media docena de revoluciones de las más caras.

No faltan enemigos de nuestra bandera que, desechados por su impotencia, que haciéndose justicia, reconocen, se dedican á desacreditarnos en letras de molde, pintándonos en el estado de *arranquitis* aguda más pertinaz y sin tener un cuarto para mandar rezar á un ciego. Poco trabajo les cuesta propalar nuestra precaria situación, porque con tomar pie de las declaraciones que uno y otro día hacemos por tener el placer de contarle á todo el mundo lo que sucede en casa, tienen hecha la tarea.

Si yo fuera capaz de dirigirme á un ministro, le diría lo que se me alcanza en eso de buscar dinero para solventar la deuda de Cuba; pero no me atrevo, y no he de decir palabra de las buenas cosas que se me ocurren. Sólo á ustedes, queridísimos lectores, se las diré en secreto, porque á tanta confianza me alienta la benevolencia que usan conmigo.

Por ejemplo, una contribución á los prestamistas, modesta como las aspiraciones de un mil por uno que tienen estos pajarracos, le proporcionaría á la Hacienda un ingreso decentito y hasta moral, porque estaría ajustado á las reclamaciones de la vindicta pública. Después un recargo á los libros de cuarenta hojas, llamados barajas, que elevara el precio de cada una á cincuenta duros por lo bajo, cantidad insignificante que pagarían gustosos los aficionados á tirarle de la oreja á Jorge, y que arrojan sobre el tapete su fortuna, el pan de sus hijos y la honra de su familia. Digan ustedes que no es legal este arbitrio que propongo, y no al Gobierno, porque ya he dicho que no me atrevo á tanto.

D. Otard Dupuy, la Sra. viuda de Cliquot, el R. P. Kerman y otras entidades espirituosas por el estilo, deberían también contribuir poderosamente á aumentar los ingresos del Tesoro, con lo cual ganarían prez y crédito, toda vez que una copita de lo *puro* costaría un ojo de la cara.

¿Pues qué me dicen ustedes de las damas aficionadas á las perpétuas exhibiciones? Yo creo, así Dios me salve, que la especie abundaría menos á proporción que subieran de precio los diplomas profesionales. La medida chocaría por la novedad, pero si es nueva también es lógica; la deuda de Cuba reconoce por origen una causa sumamente viciosa, la insurrección, y nada más justo que los viciosos paguen el pato.

Agreguemos á esto una contribución directa sobre las caretas en general, que daría pingües resultados, porque se han hecho de uso corriente, á tal punto, que todo el año es carnaval. Las caretas de españolismo, que tantas cosas cubren y tienen una demanda asombrosa, son las que yo haría pagar más caras, seguro de que por caras que fueran, no faltarían quienes las pidieran de rodillas con mucha necesidad.

No páran aquí los arbitrios de buena ley, y todos productivos, que me atrevería á proponer si tuviera ese atrevimiento, porque pediría un impuesto, que contuviera la alarmante progresión de los positos de que abusa deplorablemente el bello sexo por el gusto de ponerse feo y darnos cada *camelo* que nos parte; otro sobre los uniformes de alta escuela que usan los zacatecas en las solemnidades de su oficio, infiriendo grave injuria á la piedad cristiana y al sentido común, y otro sobre los timbales de las orquestas, á fin de que en ellas hubiera menos ruido y más música.

¿Cren ustedes que he concluido? pues no hay tal; sólo que ya he llenado el espacio que semanalmente me destina JUAN PALOMO y tengo que dejar el asunto para luego, si no cambia de opinión vuestro afectísimo

JUAN PEREZ.

FRITURAS.

He leído en la sección de anuncios de un periódico inglés:

"Un caballero acomodado desea casarse con una señora que no tenga más que una pierna."

Esto da en qué pensar.

¿Será ese caballero viudo de alguna señora demasiado correntona, ó pretenderá exigir la amputación como primera prueba de cariño conyugal?

Pues ¿adónde vamos á parar si las demás pruebas de amor que vaya exigiendo el caballero acomodado son por el estilo de esa?

Un pleito curioso acaba de presentarse en los tribunales de Marsella.

Una señora de pelo negro quiso hacérselo teñir de castaño claro, ó rojizo (color que ha obtenido mucha boga desde Adriana de Cardoville). El peluquero lo hizo tan bien, que el pelo de la señora tomó todos los colores del arco-iris y algunos más, pero nada del que la dueña pretendía.

La señora del pelo negro ha tenido que afeitarse la cabeza y reclamar al peluquero 2,000 francos de daños y perjuicios.

Dicen algunos periódicos de París que se trata de abolir la guillotina. Con este motivo puede decirse que si la república hace eso, la república es el sistema de gobierno que menos divide á los hombres.

Los chicos tienen á veces ocurrencias extremadamente inoportunas.

Conozco un infantito de siete años, producto de la unión de un hombre pobre y alegre con una mujer rica y de mal génio.

Esta, que como vulgarmente se dice, lleva los calzones de la casa, leía delante de su tierno vástago la noticia del hallazgo de un dinero perdido en una calle de Marianao.

—Ay! exclamó el chico, ese dinero debe ser de papá.

—¿Por qué, hijo mío? dijo la madre.

—Porque le oí decir ayer que había perdido mil pesos en la valla de Marianao.

El secreto de muchos complots y revoluciones se halla revelado en la respuesta profunda al par que sencilla que dió un jefe de motin al presidente del consejo de guerra que lo iba á juzgar.

—¿Quiénes eran vuestros cómplices? preguntó el presidente.

—Vos mismo, si yo hubiera triunfado, repuso el reo.

—¿Qué cosa es un caballero noble? preguntó un labriego.

—Es uno que come, bebe duerme y no trabaja.

—Pues entonces mi cerdo es uno de los caballeros más nobles que hay, porque come, bebe, duerme y no hace nada en todo el día.

La fortuna no tiene más que una rueda, según la mitología; pero cuando uno tiene la fortuna, puede darse el lujo de otras cuatro ruedas.... de carruaje.

Aunque esté limpio de toda culpa, exento de todo pecado, más puro que un ángel, es imposible que un jorobado vaya derecho al cielo. El por qué ya pueden suponerlo ustedes.

En la puerta de la redacción de un periódico de Nueva York existe el siguiente "Aviso al público:—Sírvese usted cerrar la puerta, y en cuanto haya usted acabado de hablar de negocios, haga usted con la boca lo mismo que con la puerta."

Un buque chino ha naufragado en las costas de Formosa, y cincuenta y cuatro de las sesenta y nueve personas que iban á bordo han sido muertas y comidas por los caníbales habitantes.

Esto prueba que el hombre progresa el mundo marcha, como dice Pelletan.

Un periódico francés da la noticia de que existe en París un mono cantante, con un pecho y una voz que causaría la envidia de algunos tenores.

Eso no tiene nada de particular. Entre nosotros tenemos una porción de monos por el estilo.

—¿Qué demonio de hombre! exclamaba R.... al despedirse de uno de sus amigos; por la mañana, por la tarde, por la noche, siempre está á mi lado. Es mi pesadilla, mis narices.... siempre le tengo delante. ¿Qué haría yo para librarme de él?

—Una cosa muy sencilla.

—¿Cuál?

—¿Es pobre?

—Sí.

—Pues préstale cien pesos, y es seguro que no le vuelves á ver.

El que se casa, y de escasa fortuna vive en la tierra, hace su carrera en casa sin tener que ir á la guerra.

La diferencia que existe entre el amor y el matrimonio, es igual á la que hay entre una novela interesante y un libro de historia, en el cual sólo figuran fechas y hechos pasados.

La sultana favorita del virey de Egipto acaba de morir. Se llamaba Djella y contaba apenas catorce años. Isumil Pachá, el virey, tiene, como ustedes saben, cincuenta y cinco, y el periódico que da la noticia añade que posee en su harem una docena de sultanitas de la misma edad que la difunta.

Ah, viejo pícaro, cuántos de mis lectores quisieran hallarse en tu lugar!

JUAN DE JUANES.

MARI-CASTAÑA.

[Cuento crítico.]

III.

No era Mari-castaña una viejecilla vulgar, corcoba y asmática, sino una anciana afable y distinguida, adornada con esa belleza venerable que infunde respeto y admiración; en fin, lo que pudiéramos llamar una dama de fecha atrasada.

Vestía saya de alepín negro y justillo de lo mismo, salido de pecho y enjuto de mangas, adornado con pasamanería ca sera; zagalejo de grana, cuyo ribete rozaba la fina media de algodón ó descansaba sobre el zapato de tabinete; pañuelo de sarga al cuello y el cabello recogido con una cinta que sujetaba á la modesta castaña de cosecha propia; una colosal peineta de Carey y la indispensable mantilla de tira completaban su traje esencialmente español, que ella llevaba, á pesar de sus años, con ese garbo nacional que hace morir de envidia á las damas extranjeras.

El diálogo entre nuestra heroína y el sábio empezó de este modo:

—En primer lugar, ¿á qué llamas tú tiempos de Mari-castaña? preguntó ella.

—A los transcurridos desde la creación del mundo, según el padre Petavio, hasta fines del siglo pasado. Yo sostengo que todas las grandes conquistas del saber humano son exclusivas del siglo XIX.

—Conformes; quiere decir que hablaremos de ciencias, de política, de literatura y de filosofía.

—De lo que quieras, me es igual; pero te advierto que, á pesar de serme familiares todas las cuestiones que se agitan en el seno de la sociedad moderna, tengo que prescindir del sistema analítico porque es tarde y me urge acabar ese pícaro artículo....

—Y bien pícaro, tienes razón. Eso quiere decir que abreviaremos la consulta todo lo posible, y me alegro; así me evitaré la jaqueca. Empecemos. ¿Cuáles son esos grandes descubrimientos de tu siglo, que dan al traste con todos los que les precedieron?

—Vé contando: el vapor, los fósforos, el telégrafo, el alumbrado de gas.

—Cuatro. Sigue.

—La fotografía, la navegación aerostática y la submarina, los velocípedos, el fusil aguja, el espiritismo, la cartomancia, la nemotecnia....

—Sigue, hijo, sigue.

—No me acuerdo de más, ¡y estoy sudando!

—Pues voy á ayudarte: las sociedades de seguros, la zampillaerostación, las casas de préstamos con matrículas de uso corriente, la revalenta, los coches urbanos y el can-can. ¿Te conformas?

—Veo que te burlas, obligándome á compadecerte; ¿cuáles son los adelantos de tus tiempos, que puedes oponer á los gigantes del mío?

—Pocos, y tras de pocos, insignificantes. Por ejemplo, la brújula, que hizo partícipes á todos los hombres de los dones que la naturaleza derramó en apartadas comarcas, llevando con el comercio el bienestar, la civilización y la riqueza á las más apartadas regiones; se descubrió también el papel de trapo, que hoy soporta avergonzado las perrerías que los modernos escritores estampan en él, desacreditando una época que les suministró los medios de darse importancia; se descubrió la imprenta, esa poderosa palanca de que se sirve la idea, que no ensalza

ahora por no repetir todo lo bueno que de ella se ha dicho, aunque por mucho que se diga siempre será poco decir. Y cué.ti, hijo, que sé el mal uso que de la imprenta hacen los innovadores político-religioso-socialistas, insufribles tremendistas que todo lo meten á barato; pero esto no es culpa de ella; se descubrió la pólvora, que ha venido á ser en el siglo actual la gran razón de Estado, y por último, se descubrió el Nuevo-Mundo, que ya empieza á envejecer y cuya existencia no había soñado nadie desde la creación, incluso el susodicho Padre Petavio. Y no necesito decir más para hacerte confesar, que si los descubrimientos de este siglo son importantes, yo lo aseguro, los de mis calumniados tiempos no tienen desperdicio. Ahora, permíteme tomar resuello.

El sábio se sonrió con desden. Verdad que él debía á la imprenta y al papel, invenciones de época remota, el haber sentado plaza de notabilidad; pero, ¡había llovido tanto desde que tales cosas se descubrieron! Al menos la cabeza parlante era de más reciente fecha.

Mari-castaña no le quitaba el ojo; parecía que adivinaba su pensamiento, lo que no es extraño, porque era viej, y es sabido que el diablo debe á su legendaria vejez toda su astucia.

—¿Qué contestas? preguntó.

—Juzgo que no vas del todo descaminada en el discurso que me acabas de pronunciar; pero deseo saber los progresos de tus tiempos en política: épocas fueron las tuyas de grandes extravíos, en las que el régimen autoritario de los gobiernos se vió robustecido por la teocracia, que lo eplotaba hipócritamente, y por la ignorancia del pueblo, pronto á convertirse en ciego instrumento de la voluntad de su señor, al que obedecía fanático. No se escribieron entonces páginas tan gloriosas como las que el siglo XIX ha añadido á la historia de la humanidad. Habitados los hombres á un sistema absoluto que los envilecía, veían enervarse sus inteligencias bajo el férreo yugo de la servidumbre; creían que nada quedaba por hacer, y nada hicieron. Hoy se han deslindado las atribuciones de cada uno; todos sabemos cuáles son nuestros derechos, cuáles nuestros deberes; tenemos garantías individuales, sufragio universal, libertad de cultos, matrimonio civil, la Constitución de 1869 y lo ménos catorce tomos de discursos de Castelar, un sujeto que habla como un libro. Hemos conquistado, civilizado y soliviantado. He dicho.

—¿Quieres agua?

—Que te aproveche.

—Pues todo eso es muy poco. Juzgar los pasados siglos con el criterio del siglo presente, es un anacronismo, pero aún así, admito el juicio. En mis tiempos no se hablaba tanto de libertad, es cierto, pero en cambio se hacía mejor uso de la poca que podíamos atrapar. No se conocía la tiranía de la demagogia, hijo mío, la peor de todas las tiranías, porque te impone por amor á forjadores de cabildeos y jefes de partidos. En aquellos tiempos uno sólo mandaba y los demás obedecían; si el mandarin era bueno, la cosa iba bien; si malo, se tenía paciencia pensando que no hay mal que dure cien años. Hoy todos mandan, y el que obedece es tenido por primo; así anda ello, unos por otros y la casa sin barrer; lo único barrido es el tesoro, más limpio siempre que una patena. Los españoles de antaño dejaron todo un mundo, que los de ogaño no habeis sabido conservar, á pesar de vuestras magníficas teorías, y precisamente por haber querido llevar á la práctica esas teorías que pican tan alto; herencia era de vuestros padres, que teníais el deber de transmitir á vuestros hijos.... ¿qué habeis hecho de ella? Se la llevó el decantado progreso, ¿no es eso? Pues medrados estamos con ese progreso que así nos hace retrocer y no nos deja lucir el pelo!

Mari-castaña, no obstante el tono ligero que daba á sus palabras, estaba conmovida: el sentimiento de la patria, tal cual lo comprendía su homado corazón, hacía asomar el llanto á sus ojos.

—Pero dices, continuó, que en mi tiempo no se sabía una jota de derechos y libertades, todo porque no hicimos la Constitución del 69, cuyos autores son los primeros en combatirla para tener derecho á desobedecerla. ¿Quita allá! ¿Hay algo comparable á mis libérrimos fueros aragoneses?

—Cierto. Pero hubo en tus tiempos un Felipe II que echó abajo esos fueros y la cabeza de su sostenedor, Lanuza.... ¡y tu pueblo aplaudió!

Y en los tuyos un Fernando VII que ahorcó la Constitución de 1820 y á sus caudillos.... ¡Y tu pueblo aplaudió también! ¿De qué te admiras? Eso prueba, hijo, que en política todos somos peores. Me estás barrenando los sesos con tu eterna ley del progreso que avanza, que ilustra, que emancipa, que rompe con el pasado; pues, alma de cántaro, y perdona el modo de señalar, si ese pasado es tan malo que es preciso renegar de él á todo trance, si las gentes de entonces todas fueron ignorantes y serviles, ¿á qué invocar sus nombres cada vez que os conviene echar plantas de valerosos, de magnánimos, de héroes, de mártires y hasta de libres? ¿á qué salir á plaza las victorias de Pavia y San Quintín, la gloria de Villalar? ¿á qué remover las cenizas de Guzmán, Leiva, Acuña y Padilla, si eran unos pobres peleles que habrían hecho muy mal papel en este siglo de grandes papelones?

El sábio no supo qué contestar por lo pronto.

Y yo le dejo discurrir, aplazando el final de este ridículo relato para el número que viene.

MARIANO RAMIRO.

LA SUEZGA



Don Homobono es un vecino, honrado que á fuerza de constancia, ha visto progresar espléndidamente su capital y su abdómen.



Pero á D. Homobono le asalta un día la ambición política, y trata de hacerse popular halagando las ideas de las masas y predicando la emancipación de las clases trabajadoras.



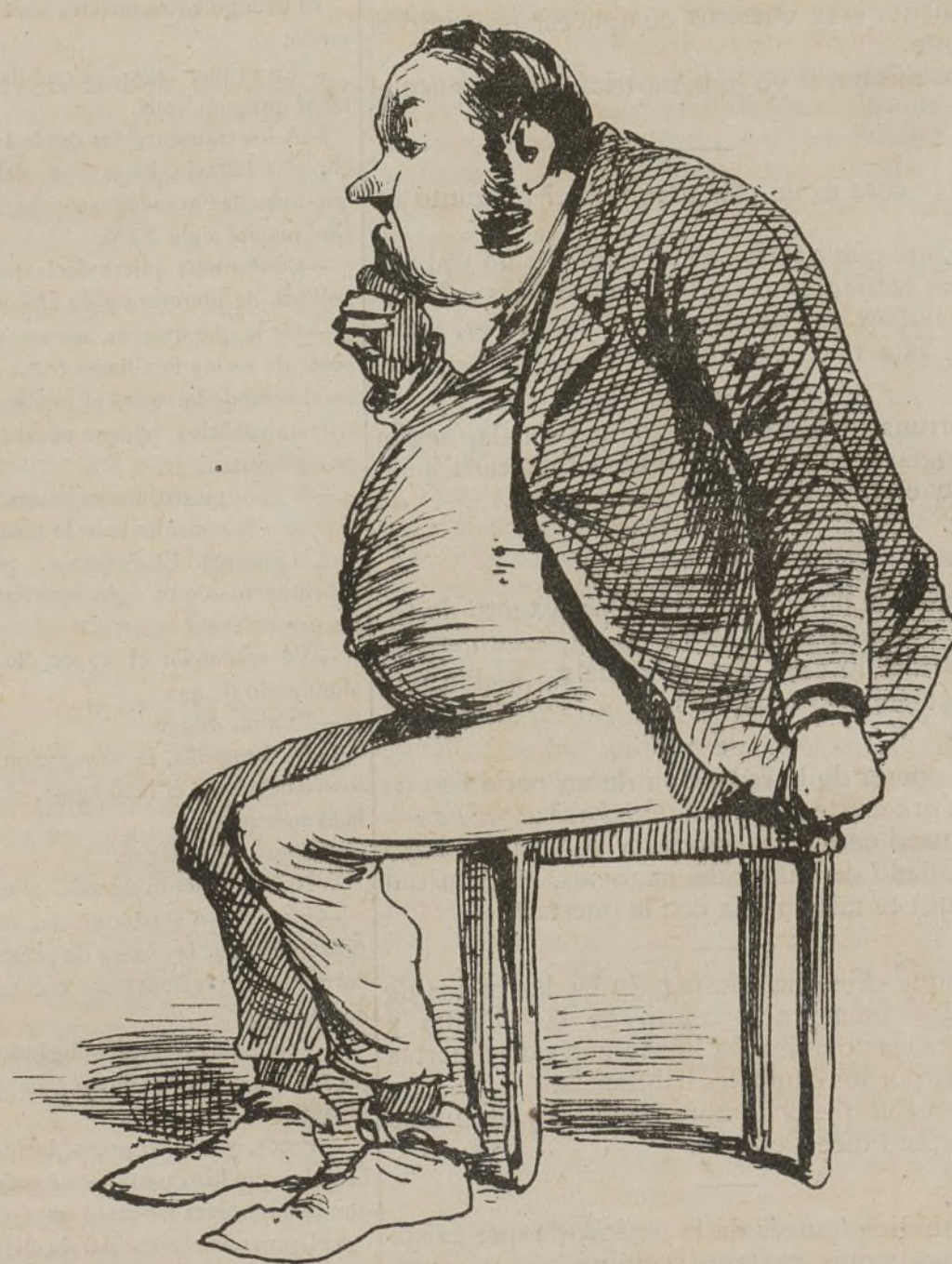
A éstos siguen los criados y cocineros, que no quieren ser menos que los zapateros. Don Homobono empieza á creer que la broma es algo pesada.



Llega el tiempo de la huelga de los sastres, y Don Homobono siente serias inquietudes sobre el porvenir de la humanidad civilizada.



A consecuencia de estas predicaciones, se declaran en huelga los sombrereros. Primer dolor de Don Homobono.



Después de los sombrereros, llega la huelga de los zapateros.



Aquí, lector, beate mi fábula te enseña que aquél que se hace el primero se quema.



Con la huelga de los camiseros se aumentan las inquietudes de Don Homobono.



Don Homobono alcanza por fin el bello ideal de sus predicaciones y del progreso de sus ideas, pero echó de menos el progreso de su capital y de su abdómen.

Litografía Mercantil é Imprenta. O'Reilly 37

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 19 DE SETIEMBRE.

Héteme aquí, por fin, de regreso de mi excursión veraniega, y por cierto que era hora, porque está ya en Nueva York la nata y flor de la sociedad metropolitana.

Salí el sábado pasado muy de madrugada del Lago Mahopac, y llegué a Nueva York poco después del mediodía, y como encontré sobre el pupitre de mi despacho un billete que me había enviado Jacinto Valdés para la función que daban aquella noche los bufos habaneros, no quise desperdiciar la oportunidad: así fué que después de comer me arreglé el tocado y me encaminé al teatro de la calle 34, donde después de buscar un rato, logré dar con el coliseo de los bufos.

El teatrillo es casi nuevo, y con todo y ser tan diminuto, me pareció demasiado grande para los emigrados cubanos: no porque estos sean pocos, sino porque no está para tafetanes la Magdalena.

Hoy me arrepiento de haber ido, porque sufrí mucho, muchísimo aquella noche.

Yo fui con el ánimo de reír, y salí poco menos que llorando.

La función de los bufos terminó en una tragedia real y verdadera.

Pero no nos adelantemos y empecemos por el principio.

El público se componía en su totalidad de cubanos emigrados: blancos, mulatos, negros y chinos.

Allí estaban las lumbreras del laborantismo, y con decir esto quedo excusado de nombrarlos.

Allí estaba muellemente arrellenada en el palco de prosenio de la derecha, la ciudadana esposa del Presidente de Cuba libre y hermana del generalísimo de los ejércitos insurrectos.

Vestía un rico traje de moiré de listas azules y blancas, y la acompañaban una hermanita suya, el egregio Ramon Céspedes y el eximio Juan Ignacio de Armas. Cerca de ella, y contemplándola con estática admiración, estaba el perfluido almirante Chauveau, héroe número 1 de la marina de Cuba libre.

Levantóse el telón, y no tardé en comprender por qué los insurrectos no quieren ser españoles.

Por un momento se me figuró que yo era Livingstone. Ya sabes que Livingstone está en África.

De la parte blanca ó caucásica de la representación no quiero hablarte.

Más de una vez me ruboricé, y eso que tengo la piel un poco dura.

Lo que padecí viendo padecer á la señora Valdés no es decible.

Porque la señora Valdés evidentemente padecía mucho.

Y, sin embargo, más padecían los versos en su boca.

A cada rato me temía yo ver aparecer en la escena alguna musa ultrajada que principiase á repartir cachetines á la actriz y á los actores.

De la parte africana de la función sólo diré que la canción del *Negro Bueno* hizo furor, y parecía que los espectadores se identificaban con el tipo de la guaracha.

Después del estribillo que de su cosecha añadió el trovador lucumí y decía:

*¡Ay, Seballito qué vamo jase
si Inacio Agramonte te yega á cogé!*

salí una pucha de flores del palco de prosenio de la derecha, y después otra, y después otra, yendo á caer las tres á los pies del sinsonte bufo.

Alzó este la primera, y viendo que en las cintas había una inscripción, pidió permiso para leerla, y concedido que le fué, leyó en alta voz:

Cárlos Manuel de Céspedes, á la emigración cubana.

La dedicatoria fué recibida con una salva de aplausos.

La inscripción de la segunda pucha decía:

La ciudadana presidenta de la República de Cuba, á los bufos habaneros.

Siguióse á estas palabras un silencio sepulcral.

La tercera inscripción estaba concebida en estos términos.

Cárlos Manuel de Céspedes, á los bufos habaneros.

Otra salva de aplausos acogió esta salutación.

La presidenta se puso más encarnada que el triángulo del trapo de Yara.

En el palco hubo cuchicheos.

En la platea también.

Después ví que por una rendija del telón el director de escena Valdés hablaba con Ramon Céspedes, que estaba en el palco de prosenio.

Cuando se alzó el telón, salió Valdés á las tablas y balbuceó unas palabras por este estilo:

"Por orden del ministro de Cuba voy á leer de nuevo las inscripciones de las puchas, pues ha habido una equivocación. La primera dice:

Cárlos Manuel de Céspedes, á la emigración cubana. (Se renovaron los aplausos).

La segunda dice:

La ciudadana Ana Quesada de Céspedes, á los bufos habaneros. (Se repitió el silencio. Yo sufría por la señora del palco).

La tercera dice:

Cárlos Manuel de Céspedes, á los bufos habaneros. (Nutridos aplausos)."

La señora del palco se puso tan encendida, que, con el vestido de listas blancas y azules que llevaba, parecía un trapo insurrecto.

El señor regordete á quien Valdés llamó ministro, se puso blanco.

Ignacio de Armas se quedó azul.

Aquel era un palco tricolor.

Yo decía en mis adentros, ¿qué será? ¿qué no será?

Pasó el incidente, y más tarde salió un ciudadano á bailar un zapateado que, según el programa, debía bailar el joven Villanueva.

El público se empeñó en que saliera á bailar Villanueva, el cual dicen que lo hacía admirablemente, y principió á llamarlo á voz en cuello.

Villanueva estaba en el teatro, y, á pesar de que los médicos le habían prohibido que bailase, porque padecía del corazón, no pudo resistir á las demandas del público, y se presentó en la escena.

Bailó; mas á los pocos instantes cayó desplomado en las tablas.

Unos cuantos minutos después era difunto.

Se suspendió la función.

Y se suspende esta carta.

JOHN BULL.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVAILLO.

XXXI.

Haciendo centinela los voluntarios andaluces y entreteniendo el hambre, que se pronunciaba con más fuerza por lo mismo que se entregaban á la inacción, vieron llegar los primeros crepúsculos vespertinos, y como en Cuba la transición de la luz á la oscuridad es violenta, no tardaron en encontrarse completamente á oscuras, lo cual hacía más imponente su situación. Por fortuna para ellos, la luna no tardó en anunciar se, y la saludaron con regocijo, comprendiendo que llegaba á protegerlos con sus suavísimos rayos.

—¡Qué noche, camaradas! exclamó el veterano Contreras muy en voz baja y dando un prolongado bostezo, signo inequívoco de hambre, de fastidio y de sueño.

—Si á lo ménos tuviéramos aquí algo que destruir con los dientes, dijo uno de los voluntarios, sería más soportable nuestra situación, porque confieso que en mi vida corrí más fuerte temporal á palo seco.

—El primer mambi que asome las narices por este sitio, agregó Pedro, corre peligro de que le muerda el morro para calmar la necesidad que me devora.

—¡Buen provecho, compañero! dijo el cabo Guillen; el morro de los mambises no es más que un pellejo descarnado, poco apetitoso por cierto; prefiero ayunar toda una cuaresma.

—¿Quieren ustedes carne de mambi? preguntó el Chavaillo, que estaba de centinela en la puerta del fondo.

—Sí, contestaron todos.

—Pues afilemos las uñas, porque acabo de ver una sombra que cruza por el costado en dirección de la manigua por donde vivimos esta mañana.

—¡A ver! exclamó Víctor acercándose al mozalvete para observar desde la sombra.

—¿No divisa usted un bulto por entre aquellos árboles?

—¿Un bulto? Son dos, si no me engañan los ojos, contestó Guillen terciando su fusil.

—Voy á cazarlos como conejos, dijo Frasquito echándose á la cara el arma.

—¡Quieto! exclamó el cabo; si hacemos fuego espantamos la caza, esos serán flanqueadores, y debemos esperar á los que les seguirán.

—Pero entonces, repuso un voluntario, llegarán los otros y no podremos dar el conveniente aviso á nuestros hermanos, que estarán en la manigua dispuestos á acudir en auxilio de nosotros.

—Nadie se mueva, añadió Guillen, mientras yo no lo mande; tengo órdenes superiores que cumplir, y no puedo salirme de las instrucciones que recibí.

—Como usted guste, repuso Pedro; el que manda, manda.

—¡Silencio!

Los dos bultos que el Chavaillo había anunciado cruzaron por el costado de la casa desierta, y sin acercarse á ella, entraron en la manigua; allí lanzaron dos sillidos agudos que se perdieron en el espacio, dando á entender claramente que eran una señal convenida.

—Ya estamos con las manos en la masa, dijo el cabo. ¡Mucho ojo! Y Dios nos ampare!

Un instante después se oyó el ruido que entre las matas hacía el galopar de algunos caballos, y el canto del país, que entonaba una voz bronca, pero afinada.

—No cantarás dentro de poco, dijo Guillen á Pedro. ¡Preparen!

Los cinco voluntarios montaron el gatillo de los fusiles y cubrieron la puerta del fondo, hacia donde se dirigían unos veinte hombres vestidos de rusia. Los rebeldes habían deja-

do en el monte sus cabalgaduras y sólo dos se adelantaron sin apearse.

—Esos serán los jefes, observó Guillen; el de la derecha para usted, veterano Contreras, y el de la izquierda para mí; que no se pierda una bala.

El grupo de rebeldes avanzó hasta cerca de la puerta con la mayor confianza, y los dos ginetes echaron pié á tierra en el momento que Víctor gritó:

—¡Fuego!

Cinco disparos ensordecieron el aire, y cinco hombres cayeron á tierra, ahogando en sus lábios esta palabra:

—¡Traición!

Los insurrectos, sorprendidos con aquel golpe inesperado, se revolvieron sin saber lo que hacían, y los más decididos echaron mano de sus armas para defenderse, mientras que los más pusilánimes corrían en dirección de la manigua para coger sus caballos y huir; pero en el tiempo que emplearon en dar vueltas y en prepararse á la defensa, los voluntarios habían cargado de nuevo sus fusiles y se asomaron otra vez á la puerta para hacer la segunda descarga, que costó la vida á tres rebeldes; repuestos algunos de ellos, se lanzaron sobre la puerta con decisión, matando á uno de los voluntarios; las bayonetas los esperaban, y allí empezó una lucha cuerpo á cuerpo, que dió ocasión á los bravos españoles de lucir su valor.

El veterano Contreras peleaba como un león, y con la bayoneta abrió á uno de los rebeldes por el pecho, como se abre á un cerdo para llevarlo al mercado; el Chavaillo menudeaba los golpes con su pesado fusil, que manejaba como una pluma, y cuando logró dar pasaporte para la eternidad á un robusto guajiro que quería descuartizarlo con su tremendo machete, volvió la cara buscando con quien reñir, y vió dos negros que habían acorralado á Víctor, poniendo en grave riesgo su existencia.

Frasquito Contreras dió un grito terrible, y corriendo en auxilio de su compañero, atravesó por la espalda á uno de los etíopes, y el otro, comprendiendo el peligro que corría, de un salto ganó la puerta, pero tropezó fuera con el cuerpo del jefe de la partida y cayó al suelo, donde le alcanzó la punta de la bayoneta de Pedro Contreras, que buscó en su pecho nueva vaina. El combate era reñido, cuando la voz de ¡viva España! resonó en la manigua, y asomaron cien hombres decididos, que venían á amparar á sus hermanos.

—¡A ellos! gritó el que iba delante.

—¡Es nuestro coronel! ¡viva España! exclamó Víctor Guillen, cayendo sobre los que quedaban.

Los insurrectos echaron á correr como gansos, alcanzando á algunos las balas de los soldados; estos se lanzaron animosos en la manigua, volviendo al poco tiempo con caballos y provisiones que aquellos habían abandonado.

—¡El campo es nuestro! gritó el cabo Guillen; ¡ya no queda uno!

—Ha merecido usted bien de la patria, dijo el coronel, y recibirá usted el premio de su valor.

—Se ha hecho lo que se ha podido, mi coronel, lo único que lamento es la pérdida de uno de nuestros compañeros de armas que ha muerto víctima de su arrojo.

—¿Quién es?

—Aquí está su cadáver, contestó Víctor entrando en la casa y estrechando con efusión la mano del muerto.

—Désele honrosa sepultura y recemos por él, repuso el bravo coronel, quitándose el sombrero.

Mientras algunos soldados cumplían la órden con el mayor respeto, los oficiales y el cabo recorrían el lugar de la pelea para recoger los heridos; uno de los dos insurrectos que habían llegado á caballo tenía el pecho atravesado y no respiraba.

—¡Este es el mío! gritó Víctor Guillen, ¡soy un gran cazador!

—¡Aquí está el mío! añadió el veterano Contreras bajándose para levantar la cabeza del otro insurrecto que había llegado á caballo; le hice apearse por las orejas, y ni siquiera me dió las gracias por el acierto con que lo cací.

—Este respira todavía, dijo el cabo Guillen; sería una fortuna, porque como era el jefe, podría servirnos de guía.

—Tiene la herida en el costado derecho, repuso un oficial, y acaso se salve.

—¡A ver cuatro hombres! exclamó el coronel; que lo metan con cuidado en la casa y que vaya el médico á curarlo. Su vida nos importa mucho!

Cuatro voluntarios cargaron con el cuerpo del rebelde, que con el movimiento levantó la caja del pecho como para respirar, y entreabrió los ojos. El médico del batallón se acercó con una linterna y le descubrió el pecho para reconocer la herida.

—A boca de jarro debió recibir la descarga, dijo, pues como la bala entró con tanta fuerza, buscó la salida por la espalda.

—¿Es mortal la herida? preguntó el coronel.

—No me atrevo aún á hacer el pronóstico, mi coronel; pero creo que el proyectil no le ha interesado ningún órgano principal.

—¿Podremos trasladarlo á Nuevitas?

—Voy á hacerle la primera cura.

Y el médico se arrodilló en el suelo para practicar la operación al resplandor de la linterna.

Víctor Guillen se acercó á contemplar las facciones del herido, que iba volviendo del desmayo, y vió la fisonomía dulce y agradable de un jóven de unos treinta años, con la barba negra y poblada; tenia una cicatriz en el cuello, que delataba una herida recientemente cerrada; su aspecto, á pesar de la ropa sucia y pobre que vestía, anunciaba una persona bien nacida. Abrió sus hermosos ojos poblados de negras pestañas, que delataban firmeza de carácter, y mirando á derecha é izquierda, exclamó con asombro:

—¿Qué es esto?

—¡Quietos! dijo el médico.

—¡Estoy entre enemigos! gritó el jefe insurrecto rechinando los dientes y haciendo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Quietos! volvió á decir al médico.

—¡Ay! exclamó el jóven lanzando un quejido arrancado al dolor de la herida. ¿Dónde estoy?

—Nada tiene usted que temer, contestó el coronel; deje usted que le curen, y luego hablaremos.

—¡Herido! murmuró con acento de profundo temor. ¿Y mis compañeros?....

—Esos, interrumpió el veterano Contreras, están peor que usted, porque ya no lo pueden contar.

—¡Muertos! exclamó el rebelde dejando asomar á sus párpados dos lágrimas que se abrasaron allí á impulsos de la cólera que ahogó el sentimiento del dolor.

Y se desmayó de nuevo.

—¡Mejor! dijo el médico; así podré trabajar más fácilmente.

Víctor recorrió el campo para reconocer los muertos y heridos, y al detenerse delante de un negro que yacía boca abajo como un pescado á la minuta, se volvió hácia el Chavalillo, que le seguía siempre los pasos, y tendiéndole la mano con afecto, le dijo:

—¡Mozo, tiene usted un brazo magnífico! La prueba la lleva en su cuerpo ese perro etiope que me acometió como un chacal.

—Si no acudo á tiempo, lo despacha á usted, cabo Guillen; y doy gracias á Dios que me trajo aquí tan oportunamente.

—Es la segunda vez que en esta campaña me salva usted la vida; deseo corresponder á esos favores, pues puedo decir que es usted en la tierra mi Providencia. ¡No lo olvidaré!

(Con tinuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

¡¡A LA TROCHA!!

La ocasion la pintan calva
y la pintan buena moza,
es decir, *aprovechable*
en el fondo y en la forma.
El que la esquivo hace el tonto,
el que huye de ella, es de roca,
el que la desprecia, pierde,
el que la aprovecha, engorda.
La ocasion la pintan calva;
venga aceite de bellotas,
untemos de arriba á bajo
su interesante persona,
y el que salir viere un pelo,
que con presteza lo coja.
Con las manos en la masa
nos encontramos ahora
limpiando el mundo de vagos,
vamos al decir, de posmas,
de gentecilla traviesa
y contumaz pecadora:
pues si la ocasion se ofrece
tan propicia y salerosa,
no la perdamos, y vayan
zascandiles á la trocha.
Ves aquel pollo indigesto,
que come y bebe de gorra,
que fuma ricos tabacos
de las mejores bitolas,
que tiene reloj, cadena,
sortijas, brillantes, novia,
dos docenas de corbatas
y tres sombreros de copa,
pero que no tiene pizca
de erudicion en la *chola*,
ni de vergüenza en la cara,
aunque se la veas roja;
que ante el peligro se escurra
y el trabajo le encocora?
pues á ese lo está hace tiempo
llamando á gritos la trocha.

Todo aquel que vocifera
de muy honrado y patriota,
que grita mucho en las calles,
que con nada se conforma
más que pasando á degüello
á todo el que se le antoja,
y en cambio al fisco que pide
le quiere hacer la *mancha*,

cercenando sus derechos

ó sacándole la *mosca*:

ese tiene que ir por fuerza
á pasear por la trocha.

Oiga usted, jóven incáuto,
el que dá noticias gordas
sabiendo que son mentiras,
ó cual dice el vulgo, *bolás*:
usted, que tiene el oficio
de desprestigiar las cosas
que hace el que manda, si manda
de sus abusos en contra:
usted que dice no quiere
política batahola,
ni partidos, ni progreso
á la larga ni á la corta,
á no ser que todos piensen
como á usted más le acomoda:
¡jóven, vaya usted con tiento,
que tiene usted mala sombra
y pudiera el mejor día
dar con su cuerpo en la trocha!

Aquel que pide prestado
y lo que debe no abona;
aquel que se dá más *lustre*
que el mismísimo Mahoma,
sin ser Profeta, ni aún falso,
ni en su tierra ni en la otra:
el que escatima el garbanzo
y el buen chorizo en la olla,
y á sus chicos lleva en cueros
por abonarse á la ópera,
á todos les convendría
un paseo por la trocha.

Con las manos en la masa
nos encontramos ahora:
á la ocasion dará pelos
el aceite de bellotas,
con que al avío, señores,
que no se convierta en broma
el movimiento, y mandemos
zascandiles á la trocha.

JUAN DIENTE.

TIPOS Y TOPOS.

EL MINISTRO.

Aparece á la distancia el ministro como un sér sobrenatural. A larga distancia de la Corte, se le cree comparable sólo al pez que habla, al niño de dos cabezas ó á algun otro fenómeno que se exhibe en las ferias ó que mencionan los libros de antigua caballería.

El nombre del ministro lleva la esperanza ó el temor á millones de habitantes de la Península y de las colonias, y apenas tal cual descreído que en algun tiempo hiciera un viaje á la Corte, lo describe como un hombre que viste, habla y vive como cualquier ejemplar de los bípedos racionales.

El tipo, sin embargo, existe; pero tan manoseado y tan familiar en la villa del oso y del madroño, que ya no despierta la curiosidad de nadie. La costumbre ha hecho que miremos como cosa corriente el que nuestro condiscípulo, el mismo con quien tomábamos café todas las noches y con el que reñíamos por una cuestion de amor callejero ó de sastre de portal, habitante de cuarto piso, pase á la dorada poltrona desde la antesala del personaje culminante de la semana.

A pocos maravilla la nueva:—Fulano no podía menos de serlo; ¡vestía tan bien! ¡visitaba á tanta gente de campanillas! ¡era tan audaz! ¡tenía tan buenos pulmones! ¡se batía tan admirablemente! Además, había que llenar un hueco. Los primeros días de un ministro son turbulentos: tiene que enlilvanar un discursillo á sus subalternos, recibir felicitaciones verbales, contestar á las escritas, prometer á los pretendientes y visitar oficialmente. Todos se desmejoran durante la luna de miel del presupuesto, y la cuestion del personal les aturde y les mareja. Una agitacion febril se apodera del ánimo del nuevo augusto consejero: inicia mil reformas, sueña planes de una regeneracion inaudita; el bien de la patria es su pensamiento constante, su único deseo.

—Yo, suele decir, he venido á ocupar este puesto sin merecimientos, sin más razon que la exigencia de mis amigos. Por lo demás, anhelo el volver cuanto antes al seno de la familia y abrir mi bufete [si es abogado], y ocuparme de mis negocios [si es comerciante], ó dedicarme á mis libros [si es literato], ó descansar [si no tiene profesion reconocida].

Las cartas de felicitacion llueven, crecen, aumentan como la langosta en los sembrados.

Quién le escribe recordándole un parentesco en quinto grado, quién un compañerismo de casa de huéspedes ó de temporada de baños, quién un saludo en el paseo público. Una empieza: "Si recuerda usted á la prima de la hermana de la cuñada de su primera mujer de usted." Otra: "Aunque hace veinte años que no nos vemos, no por culpa mia, etc." Otra: "¿Se ha olvidado usted de aquel compañero de diligencia á quien hizo usted tantos ofrecimientos....?" Y todas concluyen diciendo: "ahora que gracias á sus relevantes merecimientos, y para bien del país, ha subido usted al poder, creo que le será facilísimo darme cualquier cosa; una direccion, una aduana en Ultramar, un gobierno de provincia, ó la secretaría de esta sanidad marítima, que hoy (¡vergüenza dá el decirlo!) la desempeña un enemigo de la situacion, un hombre de malos antecedentes, un pillo!"

El ministro no puede despachar, no puede recibir á nadie, se encuentra ocupadísimo.... en leer cartas de pretendientes, en amansar á electores, en condolerse con un buen ami-

go acerca de aquel asiento de espinas que le hace sufrir tormentos nunca oídos.

—Vamos, exclama, hasta la salud he perdido. ¿Querrá usted creerlo? Ni aún para dormir tengo tiempo.

Poco á poco el hombre va entrando en caja y acostumbándose al oficio. Se rejuvenece, tiene mejor color y respira un aire de fortaleza que asombra. Su carácter suele variar: tórnanse caprichoso, altivo, duro y orgulloso. Esto último es probado si debe su encumbramiento á la casualidad, al favoritismo, al camarilleo, á alguna, en fin, de las causas misteriosas que hacen de un caballero particular todo un miembro de gabinete. Si el agraciado no es orador, ni escritor, ni siquiera hombre político, no apea el *vucencia* ni á la atónita madre que le parió.

Una observacion hemos hecho que no deja de ser curiosa: el ministro, que á los pocos dias de su subida al poder se resignaría filosóficamente con su caída, conforme pasa el tiempo vá encariñándose con su puesto, y cuando tras largo tiempo lo deja, no es sin experimentar la honda pena que debe sentir el cuerpo al separarse del alma.

Un día aparece en un periódico una noticia de crisis que lee al ministro un amigo de confianza.

—¡Bah! exclama éste, invenciones de los descontentos! Siento por ellos que no sea cierto, que en cuanto á mí, ningún apego tengo á la poltrona; antes bien, deseo dejarla cuanto antes. Hacemos, sin embargo, un gran servicio al país permaneciendo al frente de sus destinos, y en palacio están convencidos de lo mismo.

Los rumores de crisis arrecian.

—No importa, dice éste á su buen amigo: la opinion pública, que se conoce perfectamente en palacio, está de nuestra parte. Detrás de nosotros no veo otra cosa que anarquía, demagogia, desbarajuste administrativo, el caos. De mí sé decir que desearía dejar esto cuanto antes, mas el interés de la patria me ordena que continúe, y permaneceremos siquiera con ello pasen un mal rato esos intrigantes ambiciosos que nos asedian.

La crisis es un hecho.

El ministro tira de su campanilla y pide las recomendaciones olvidadas. Está pálido y ojoso. En aquellos supremos momentos se acuerda del pariente, del amigo, del antiguo compañero, á quienes no ha atendido, y queriendo colocarlos á todos, ordena cesantías en masa.

El oficial sacrificador pone la cara de ángel, y sonríe de dientes para adentro.

—Está bien, señor ministro, todo se hará: y murmura para su sayo: "el día del juicio."

—Llegó la hora de la felicidad, dice el ministro á su mencionado amigo; así descansaré; así Mengana (su mujer) estará contenta, porque aquello no era vivir; siempre la casa llena de gente; siempre irregularidad en las comidas; siempre malas noches y peores días.

Aquí el ministro se convierte en Cincinato puro y prorrumpe en las exclamaciones más bucólicas; quiere cultivar sus tierras, ensayar máquinas, inspeccionar desmontes, plantar é ingertar árboles frutales, utilizar semillas raras, hacer bancales, acequias y jardines: establecer norias, balsas, puentes y acueductos.

Sobre todo, atraerse las aguas de aquel pícaro río que desde tiempo tan antiguo se rie burlonamente de las sequías. Creará agua artificial, estaciones á propósito y hasta reglamentará el firmamento.

Un mes despues de su caída, no vé por su casa un sólo amigo, ni en la calle le saluda un sólo pretendiente.

—¡Tunantes! murmura, ¡como otra vez sea poder!

Y ésto de nuevo, y vuelve á pasar lo mismo, que á tanto llega el amor propio. Nunca cree que van á ver al ministro, sino al hombre; error á prueba de desengaños, ilusion que le acompaña toda la vida.

JUAN CUALQUIERA.

SARTENAZOS.

¡Cayó el atun en el aparejo!

La *Gaceta* del día 27 es cosa de gusto: dicho sea en justicia, es un pedestal que coloca muy alto el nombre del Intendente Sr. Cancib Villamil.

No puede estar explicado con mayor claridad el *escandaloso* fraude con que se quería mermar los recursos del Tesoro español.

¡Caspitina!

Pues y aquello de querer *sacar furtivamente* bultos de la Aduana?

Recaspitina! Eso sí que es más gordo.

Digo; si habrán abierto los ojos como una puerta cochera los que ven afeitár las barbas del vecino....!

Eh?

Y qué estas cosas suceden mandando los radicales! ¡Si son una gente.... inaguantable!

**

Bajo la presidencia del Excmo. Sr. Gobernador Superior Político tendrá lugar á las 12 del día 1º de Octubre, la solemne apertura del curso académico de 1872 á 1873 y la distribucion de premios á los alumnos.

Dicha autoridad, el Excmo. Sr. D. Francisco Campos, dignísimo Rector, y el ilustre claústro de profesores nos invitan al acto, que será tan brillante como en los años anteriores.

**

Ojo al Cristo, caballeros!

JUAN PALOMO comienza á imitar hoy á los periódicos formalotes de esta plaza, insertando anuncios en su primera plana.

Estos anuncios se repetirán, pero no periódicamente, sino cuando los haya en cantidad suficiente, pues aunque son gráti para el público, no siempre está la Magdalena para tafetanes.

El que quiera, que mande bajo sobre un anuncio, cierto y seguro de que se insertará si llena las condiciones de uso corriente.

¡Digo, si seré yo liberal!

**

Un filósofo, paisano de Mr. Thiers, propone acabar con el vicio de la embriaguez, desarrollando la especie de un gusano que destruye las viñas.

¡Se ha lucido el paisano de Mr. Thiers!

Porque aunque en el mundo no quedara una sola cepa, siempre tendrían los yankees su wishey, los mejicanos su pulque, y los demás el confortable aguardiente de caña, de cebada, y de otras tantas cosas.

Para acabar con los borrachos no hay otro remedio que Mr. Frimont.

A propósito de Mr. Frimont:

Es curioso el siguiente comunicado que ha publicado dicho señor en la capital de Méjico: "El que suscribe, participa á las personas á quienes ha curado el vicio de la embriaguez consuetudinaria, y que no han saldado aún sus cuentas, no obstante habérselas presentado varias veces, que si dentro del término de 24 horas no entregan el importe, publicará sus nombres, domicilios y correspondencia en todos los periódicos de esta capital, para que el público sepa que si ya no son borrachos, continúan siendo tramposos.—Dr. Enriqu A. Frimont."

Lo que más me gusta del comunicado es la bondad del tono y la cultura de la frase.

Los célebres artistas Valero y Mario piensan inaugurar su temporada dramática á principios del próximo Octubre, y á juzgar por los populares nombres de las actrices y actores que constituyen la compañía, es indudable que la campaña de invierno proporcionará á los empresarios gran cosecha de laureles y no corta de billetes de Banco (no decimos onzas de oro, porque ese metal ha pasado entre nosotros al estado de sueño dorado).

Lo que sí nos atrevemos á aconsejar al señor Valero es que reserve los dramas *contundentes* para los días de fiesta y que entre semana nos haga gustar algo que no tenga puñales, venenos, ni motivos para que se erizen los cabellos de los espectadores pacíficos.

Deploando con enojo
un tuerto su hado maldito,
dijo Anton:—Pues, amiguito,
usted llora con un ojo.

Después de publicado el número anterior, he recibido la solución del problema del número 27 de los Sres. J. A. (Jovellanos), M. Ll. (Vereda-Nueva), Beguichico (Sagua).

¿Por qué se retrasan ustedes tanto, jóvenes amables?

¿Por la distancia?

Ah!

Uno de nuestros apreciables correspondientes de Madrid, el señor Hiraldez de Acosta, nos dirige la siguiente carta, que publicamos en prueba de imparcialidad.

Sr. Director de JUAN PALOMO.

Le escribo á V. ésta con mi amigo el Sr. Canosa, á quien por equivocación de apellido incluí en algunas de mis correspondencias, entre los tunarros filibusteros que andan aquí perturbando para que continúe la perturbación de ahí.

De esto escribí en mi última carta, que no se ha publicado, y quisiera que lo hiciera ó sino que en mi nombre hiciera alguna rectificación, pues no quisiera que por una equivocación mía sufriera Canosa más perjuicios.

Manuel Hiraldez de Acosta.

El viernes último pasamos un rato delicioso. Los empleados de la Renta de Loterías, con motivo de ser el día del santo de su jefe el apreciable Sr. D. Adolfo Gasset, y en celebración á la vez de haberle concedido el gobierno de S. M. honores de jefe superior de Administración en premio de sus meritorios servicios le obsequiaron con un delicado presente: tres hermosas perlas, gruesas, blancas, diáfanas, de esquisito oriente, montadas en oro mate; rica botonadura de camisa encerrada en un precioso estuche de terciopelo azul celeste. Nada más modesto, pero nada tampoco más elegante.

A su vez el obsequiado, que por sus afables maneras merece así el aprecio de cuantos le tratan, como la consideración y afecto de sus subalternos, les invitó á tomar parte en un confortante *refresco* que sirvió la Dominica y del que participaron algunos de los numerosos amigos del Sr. Gasset, que habían acudido á saludarle.

Excelente campaña, helados, dulces esquisitos, y luego mucha cordialidad, mucha franqueza.

Bien, muy bien por esos dignos empleados, dice JUAN PALOMO, que también envía sus parabienes al amable y entendido Sr. Gasset.

Un periódico cuenta que un ciudadano de Lima ha inventado un reloj que marca los días, las fechas, los meses, los años y los siglos.

¡Valiente cosas! ¿Qué vale eso comparado con un reloj que yo he visto, que llevaba la cuenta de la lavandera y *marcaba*.... pañuelos de nipsis?

Leo y copio:

"Robert R. Autter, de la firma de Clerke y Butter, 25 Broad Str. Nueva York, se huyó con 75,000 pesos y se cree que se embarcó para la América del Sur. Era un joven muy religioso, á quien Mr. Clerke había elevado de dependiente á socio."

Pues, señor, como el joven es muy religioso, bastará con echarle una absolucioncita y á la cama.

Los carlistas se han reunido en Bayona y no han pedido dinero nada á nadie.

—Entonces no son carlistas.

—Es que lo habían pedido ya.

—Entonces eran carlistas los que lo dieron.

Comer es el purgatorio,
tener que comer, el cielo,
pedir de comer, el limbo,
dar de comer, el infierno.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Los americanos forman varias razas.

Acertado esta por J. L., Caralampio y Petra Rius. El Sr. Bolado, de San Antonio de los Baños, introdujo una modificación que no está conforme con el original.

Ah! deploro el retraimiento de algunos inteligentes que antes salían á la palestra....

¡Hola! ¿Con que en el colegio de doncellas de Toledo se venían notando hasta ahora ciertos abusos?

Ahora comprendo por qué dice *La Correspondencia* el mismo día en que me anuncia esos abusos:

"Se necesita una doncella de 28 años para el servicio de una casa...."

A Jesús del Sol le ha sucedido lo que á los peces: ha muerto por la boca. Envié un comunicado á *La Revolucion* disculpándose del cargo de doblez que le hizo *El Cronista*, y replica que él se presentó de balde á indulto, cuando se hallaban en la agonía su persona y su facción, porque á ello le invitaron las autoridades españolas, y á él no le pareció bien dar lugar á que los suyos perecieran.

De aquí se deducen dos cosas importantes, á saber: que las autoridades españolas no son tan inhumanas como dicen los facciosos, puesto que brindaron el perdón á Jesús del Sol y á los doce compañeros que tenía, cuando él estaba espirando y lo podían matar impunemente, y que Jesús del Sol es un malvado, que en vez de agradecer aquel rasgo de bondad, vá á Nueva York echando bravatas de que se vuelve á la manigua á pelear contra sus bienhechores, como si esto, nos importara á los españoles un ardite. Después de esto, esperamos el viaje y nos alegraremos mucho de que no se equivoque en el camino.

Pero, ¿cuánto vá á que se equivoca?

—Tío Lucas, ¿qué opina usted de lo pronto que se ha hecho rico el *deputado* que votamos el año pasado?

—Sabes lo que te digo? ¿Que nunca crece el rico con agua clara!

LA VITA BONA.

Me despierto á las diez y almuerzo fuerte;
al concluir, me vuelvo al otro lado,
y hasta las seis me quedo sosegado,
si no hay quien importuno me despierte.

Cómo á las seis, y de la misma suerte
hago la digestión: cuando ha pasado,
suelo gustar de un plato delicado
y volver al remedo de la muerte.

Y sin que nada turbe mi reposo,
ni me excite el pesar ni la alegría,
con comer y dormir vivo dichoso,

Atormentando la existencia mía
sólo el recuerdo del deber penoso
de *devorar* el pan de cada día.

E. SAGO.

MORALEJAS.

Fuera mi amigo Roque un sér feliz
si no tuviera un grano en la nariz,
en la lengua un divieso,
desvencijado un hueso,
exento de monedas el bolsillo,
y á más cada verano un tabardillo.
Mas no hay día que Roque no murmure:
que no hay ni bien ni mal que un siglo dure.

Demetrio y su mujer
entraron en un coche de alquiler;
pero el agua, que á cántaros caía,
por las rejillas del coche se metía.
En vano es lo que hagamos,
que cuando llueve, todos nos mojamos.

Aunque los trece lustros ha cumplido,
aún Magdalena espera un buen marido.
Y dice Magdalena
que nunca es tarde si la dicha es buena.

ALFREDO GONZALEZ PITT.

El domingo se repitieron los escándalos en la cazuela del teatro de Tacon, y eso que aún estaba reciente el ejemplo dado á los alboradores noches ántes por el Sr. Gobernador Político, que mandó algunos de ellos al vivac.

Los que dan voces inoportunas en el teatro, causando alarma ó incomodidad, parece que quieren mostrarse incorregibles, y bueno fuera que la autoridad hiciera responsable de tales desmanes al celador del barrio, á fin de que este funcionario tuviera el mayor empeño en ponerles correctivo.

Una carta de Macías, llegada á Nueva York, dice que el proyecto de empréstito cubano ha fracasado totalmente, porque todos los esfuerzos que se han hecho ante el señor Moret y Prendergast para que se mostrara propicio al negocio de la venta de la Isla han sido estériles, y sin esta condición, no hay medio de que admita aquella plaza la operación á que se alude.

También dice Macías que el representante peruano se niega á garantizar el otro empréstito de cinco millones de libras esterlinas, concertado *á priori* con Gutierrez, el asesino de Balta, hasta que se le ordene su gobierno.

Ea, ya tenemos á los separatistas, que soñaban con millones, sin un cuarto para pasar el invierno, que en Nueva York es terrible.

—Limpia este jarro y llévale allá dentro,
á la alcoba del amo.—Yo no entro.
—¿Por qué?—Porque soy buena y soy honrada....
y él duerme con la puerta muy cerrada.

El martes próximo, se verificará en el Gran Teatro, una variada función á beneficio del conocido y antiguo empleado de dicho Coliseo, D. Francisco García, ó *Frasquito*, si á ustedes les parece mejor.

Si *Frasquito* es merecedor á las simpatías del público y de tener un lleno completo en su función de gracia, díganlo por mí los constantes concurrentes al teatro, que ven á *Frasquito* desde hace veinticinco años, ocupando invariablemente su puesto de honor. Y tal es la costumbre de ver allí al digno anciano, con su blanca cabeza y su benévola sonrisa, que casi no se puede comprender que exista Tacon sin su obligado apéndice de *Frasquito*.

Además, este antiguo servidor del público de la Habana, es un resto de nuestras pasadas glorias nacionales: él fué uno de los heroicos defensores de San Juan de Ulúa.

Con que, hay que asistir á esa función, que por tantos motivos debe ser patrocinada.

Es verdad lo que dice *La Voz de Cuba*. *La Vida de Lord Byron*, por Castelar, que ha empezado á imprimirse en la imprenta de *La Propaganda Literaria*, es la mejor obra, la hija predilecta de su eminente autor.

Por eso el establecimiento que la edita ha decidido hacer del libro una edición á todo lujo, en magnífico papel, con nuevos tipos y esmerada impresión, para que corresponda la parte tipográfica al mérito literario.

Para fines del entrante mes se pondrá á la venta este libro, que promete ser notabilísimo.

GEROGLIFICO.



(La solución en el próximo número.)

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."